

TODAS LLORAN



Título: *Todas lloran*.
Primera edición: marzo 2023.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.
Dirección: Manuel Arcas Castillo.
Coordinación: Ana Martínez Castillo.
www.inlimbo.es
www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Eva manzanares.
Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.
Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel).
Corrección: Juan García Rodenas.
Maquetación: Rosa Aguilera García.

Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.
Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel).
Corrección: Juan García Rodenas.
Maquetación: Rosa Aguilera García.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.
www.cofassa.es

ISBN: 978-84-126583-1-6
Depósito legal: AB 128-2023
IBIC: FYB

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.

EVA MANZANARES
TODAS LLORAN



InLimbo
Narrativa

A mi yo de quince años

*No soy yo esta que ves
Son mis desechos
Yo soy más
Soy mejor*

Qué lejos queda todo, en eso pienso o respiro.
Eloy TIZÓN

Sonarán los grillos

La harina tiene que estar tamizada. Los granos se separan, van cayendo poco a poco y se mezclan con la mantequilla. El proceso es lento. El fuego: bajito, que apenas se sienta. La cuchara de madera remueve despacio los ingredientes sin retorno. La fusión produce una música lenta, una balada de amor. Paulina recita el nacimiento de la crema con poesía y precisión y a su alrededor se genera un aura de cumpleaños. La cocina en isla es el hueso de la cabaña, un hueso redondo y grande como el de un albaricoque; se sitúa en el centro de todas las estancias a excepción de la única puerta que da al baño. El techo que antes era de flequillo marrón se ha teñido de globos rosas. Al fondo, una enorme cristalera ofrece los árboles que reciben el sol de septiembre.

Kora cumple cincuenta años y ha reunido a su familia. Un día llegó a Galicia con idea de quedarse y encontró una casa en alta resolución; con el verde de los árboles muy verde y el azul del cielo muy azul, con un nogal lleno de nueces que al caer emulan el sonido de una pisada y un río que suena a río y prolonga la vida. Kora miró la casa de madera, miró a su marido Nico, a su perro Crep y a su gato, y decidieron que era un buen lugar donde instalarse, escuchar el sonido de los grillos y morir.

Kora es una afamada escritora, una escritora de cuentos. Le gusta caminar por las letras y va por la vida dejando un

rastró de tinta. Tiene dos hijos de veintitantos, ninguno vive ya con ella. Andy, el pequeño, es bombero y siempre será el pequeño. Paulina es maestra. Enseña literatura. Ha salido a su madre. Ninguno es hijo de Nico. Nico decidió no tener hijos porque, desde que la conoció en la escuela, siendo adolescentes, intuyó que algún día ella llegaría a su vida con hijos y un gato y, entonces, sería el momento de estar juntos. Y así fue. Hasta ahora todo parece muy bonito: una casa de película, unos hijos que recitan poesía mientras cocinan, un perro con nombre de tortita y un gato sin nombre. Pero cuando Kora va a soplar las velas, se siente tan feliz que el pasado comienza a dolerle en algún lugar. Tal vez donde se quedó. Y Kora hace algo que un día dijo que no haría nunca: mirar hacia atrás. Y, al hacerlo, comienza a llorar de emoción y de dolor. De ambas cosas a la vez. Y con la voz que no es alegre ni triste, sino como la harina, tamizada, le dice a su familia que hace quince años, un día como hoy, estaba sola en México. Y eso. «Que quería que supierais que...». Los mira a todos como miran las madres, llena de heridas, y sigue llorando como aquel día, en la colonia Polanco, cuando cruzaba la avenida principal y toda la colonia le parecía una figura geométrica con calles a ambos lados que no la llevaban a ninguna parte.

Porque cuando escapas, no sabes a dónde ir.



El día que a Kora le propusieron irse a vivir a México su vida se pausó. Sus miedos se arrinconaron en el tuétano de sus huesos y su cuerpo, de nuevo, tembló y giró. ¿Era su vida la que había dado un giro o era su cuerpo? No lo tenía muy claro. En cualquier caso, no debía haber sentido ese giro de montaña rusa. Se recostó en su mundo del revés y, al echar la vista atrás, tuvo miedo de perder lo que para ella era en ese momento una vida perfecta, plana: con sus estaciones y sus

calles de nombres raros donde siempre está la panadera con la misma sonrisa y con el mismo olor a pan recién hecho.

Había superado un divorcio lleno de errores que confirmaban la muerte de su matrimonio. Con el veredicto del fracaso en la mano y la muestra de la unión, ahora rota, todavía en el dedo, Kora salió de la casa como una perra abandonada, con sus hijos y con lo puesto, preguntándose cómo un padre puede utilizar a sus pequeños como moneda de cambio. Habría sido más sencillo decirlo sin tapujos, sin tanto juez y tantas hojas gastadas:

«Quiero la casa».

No contento con eso, por despecho o por soberbia o por un chispazo de desapego material, días después, en una tienda de artículos de segunda mano del centro, Kora encontró sus muebles (los muebles que no pudo llevarse aun siendo suyos, porque así lo quiso él, porque no le valió con quedarse con la casa, porque se aseguró de que en la cláusula cinco del convenio regulador se especificara bien claro: «Cláusula cinco. La cónyuge abandonará la casa con sus enseres personales») expuestos en la vitrina, con un rótulo bien grande: «Chollo de la semana».

Esa imagen aún continúa de duelo.

Aquellos años pasaron por una casa de alquiler situada en un quinto piso sin ascensor. Un apartamento de paredes maltratadas y agujereadas por otros. Paredes llenas de huellas de marcos que se fueron y un gotelé con aspecto de pelos mal rasurados. La típica casa que finge que todo está bien, pero la delata el sofá-cama reumatoide que apenas puedes doblar, o las alfombras deterioradas que dejó la señora arrendataria con el fin de tapar las heridas del suelo o tan solo porque formaban parte del desarraigo de la casa.

El apartamento estaba situado en las afueras de todo lo que hasta ahora había sido su vida. Pero un refugio es así, pensaba Kora: un lugar donde esperar a que algo nuevo empiece en cualquier momento. Un lugar al que llegas con la única

intención de no estar. Pero ¿cómo se puede estar y no estar?, le preguntaron una tarde sus hijos. Y Kora les contestó que viviendo con lo puesto y no dejando nada en la mesita de noche. Ellos no se quedaron muy convencidos. La casa de papá era bonita, llena de juguetes y estaba cerca de la escuela. La casa de mamá, un lugar donde no estar, lleno de cajas y lejos de todo. Lejos de la escuela, lejos de los amigos, lejos de papá y lejos del suelo. Tan lejos que, de camino —porque siempre estaban de camino a algún lugar—, sus cuerpos se vaciaban de aire y se llenaban de losas y asfalto. Y así, de camino, un lunes por la mañana, enjuta y algo desconfiada con la rutina que se estaba instaurando en su vida, Kora se quedó sin trabajo y al llegar a casa el teléfono sonaba con prisa. La voz de su madre produjo un eco diferente, con interferencias, sería por todos los reproches que pasaban por el cable hasta el auricular: «Kora, eres una mala madre. Nunca has pensado en tus hijos, porque de haberlo hecho te habrías quedado allí con tu marido, que no es tan mal hombre y que está sufriendo. Y tus hijos sufren y tu padre y yo sufrimos. Y ¿ahora qué?, ¿sin trabajo?, ¿ahora qué vas a hacer? Vuelve a tu casa, Kora». Y con menos velocidad en sus palabras y trepando la frase por la garganta, la madre de Kora repitió de nuevo: «Vuelve a tu casa con tu marido». Y colgó el teléfono privándola del derecho a hablar.

Ser madre, divorciada, buscar trabajo y esquivar las llamadas no parecía una realidad sostenible. Cada día, Kora reanudaba la ropa, la lectura y los currículums, la masa de las croquetas y la bolsa de las ojeras. Y así, abriéndose paso a empujones entre guisos, zapatos de tacón y entrevistas, se topó con Leo, su nuevo compañero de trabajo. «Me llamo Kora», le dijo. En ese momento no sabía que ese hombre que estaba delante de ella (ese hombre al que su abuela llamaría tirillas, «el Tirillas») la llamará nena, pequeña, churri, gordita, canija..., hasta volverla una marca blanca y conseguir que se olvide de su propio nombre.

—

Cuando conoció a Leo, Kora pensó que él era su segunda oportunidad. Todavía le daba ese poder a un hombre. Como si él fuera el dueño de su destino. Sus ojos eran pequeños y muy azules; al mirarlos, Kora veía un lago. Vestía con camisas arrugadas y pantalones despistados y caminaba como si en su interior se estuviera representando un musical. Tenía un tic que la volvía loca. Aunque, más que un tic, era un movimiento incontrolado, en modo de campanilla, que hacía con la cabeza cuando se cruzaba con ella en el pasillo de la refinería donde los dos trabajaban. Le gustaba el rock alternativo, el vino fino y las novelas de más de seiscientas páginas. Su trabajo consistía en hacer algo que nadie hacía, y eso creaba interés. Cuando miraba la pantalla, se le ponían ojos de proyector. Su despacho estaba en mitad del pasillo. En otro lado, Kora anotaba con sus ojos verdes y su mano zurda, en un libro de registros, el número de un plano antes de archivarlo.

Los números, los folios en formatos A0, A1, A3, un código diferente, y de la máquina salían plegados en tamaño 40x50. El procedimiento era rutinario y el archivo, una vieja caja cuadrada repleta de cajones y polvo, de planos y dos puertas como las cantinas del antiguo oeste. Cuando Leo entraba en el archivo las puertas parecían alegrarse. El archivo entero cantaba, las puertas bailaban. Leo buscaba a Kora, la miraba a los ojos, se marcaba un taconeo y le decía con euforia de dopamina que la invitaba a comer. La mirada de Leo era penetrante, como son las olas, las peceras y el fuego. La mirada de Kora era tímida, huidiza, de verde cristalino, como si bajo ese verde no hubiera nadie. El edificio, el amor y las medidas de seguridad eran altos. Los baños, la enfermería y las zonas comunes, bajos, ángulos muertos donde alargar un beso y recibir un pequeño electroshock. Los días pasaban y Leo permanecía intacto en la cabeza de Kora: su risa, sus frases, sus canciones y su baile de punta-tacón, punta-tacón. Por la noche, cuando los hijos de

Kora dormían, con los dos zapatos en una mano y evitando, al andar, el crujido de los huesos de la casa, Kora, superando los obstáculos de la maternidad, escondía la cabeza entre los hombros, apretaba los dientes y, caminando como una garza, llegaba hasta la puerta y salía a hurtadillas. Leo la esperaba en la calle de atrás, un callejón oscuro sin salida. Al llegar al callejón, Kora daba un par de golpes en la ventanilla del coche de Leo y él le abría la puerta. Afuera, la noche se quedaba negra, sin detalles. Dentro, la noche igual de negra; solo aliento y algún intento de promesas de futuro. A ratos, Leo le cantaba a Kora alguna estrofa de Pablo Milanés. «Te doy una canción de madrugada cuando más quiero tu luz». Conforme avanzaba la noche, la humedad empañaba los cristales y el flujo y el sudor mojaban los asientos. Cuando el coche olía a tugurio y costaba respirar, los dos se quedaban dormidos en el asiento de atrás abrazados como si uno de ellos acabara de nacer; a las cinco y veinte de la mañana, el sonido de la persiana de una de las cocheras del callejón los despertaba y Kora regresaba a su cama con los zapatos en la mano y el alivio de no haber sido descubierta.

Al desnudarse, cuando se encontraba con su intimidad, acariciaba sus pechos, los exploraba. No eran esas tetas de anuncio, esas tetas revolucionarias, esas tetas capaces de cometer en cualquier momento un atentado terrorista. Eran tetas de mamar, tetas de vaca, tetas de cabra. Tocaba su vientre, repetía la misma caricia, sentía las estrías del primer embarazo, el tacto de la piel rota, muerta. Tocaba la cicatriz de la episiotomía y recordaba las palabras de su suegra: «¿Puntos?, pero si el bebé no ha pesado ni tres kilos. Tendrías que haberte buscado una mujer recia y no este palo. Las mujeres tienen que ser anchas. Esta mujer solo sirve para pasearla». Tocaba sus caderas estrechas, sus muslos delgados. Recreaba la escena del coche hasta notar en su piel lo que había notado Leo. Ella, que pensaba que su cuerpo ya no iba a gustar, que ya nadie la iba a desear. Ella, que pensaba que cuando eres madre te

conviertes en eso, en una madre y ya. Y ahí estaba, despierta, convirtiendo la pasión en un dolor repetitivo, pensando que cuando se ama se piensa con los ojos abiertos.



El día que Leo la invitó a su casa, Kora ya sabía de él: que le gustaba escuchar a Patty Smith, Nirvana, Blur y Jethro Tull; que estaba terminando de leer *Los pilares de la Tierra*; que era catorce años mayor que ella; que era del sur, de un pueblo de Huelva, Sanlúcar de Guadiana, un pueblo vestido de blanco con zapatos azules; que esa acumulación de piezas en forma de muro blanco que asomaban tras su sonrisa no eran dientes sino fundas. Y Kora se preguntaba si, dentro, los dientes de verdad estarían llenos de polvo. Lo último que supo de él llegó como llega todo lo que no esperas: tarde y con sobresalto y con una rapidez extrema, con choques y ruido de claxon, como si quisiera colarse. Se estaba divorciando, tenía tres hijos que vivían con su madre en la casa que él tenía en Sanlúcar de Guadiana y dos de ellos padecían una enfermedad genética rara y, como tal, no tenía estadísticas (tampoco nombre) y su cura estaba siendo muy complicada. Solo había en el mundo tres personas con la misma enfermedad: un adolescente francés y dos gemelos paquistanís de diez años. Al hijo mayor, Kora nunca llegará a conocerlo, porque la odiará, la culpará por la separación de sus padres. Y Kora siempre lo justificará, porque el último que llega es el que paga el pato.

Kora llamó a la puerta y Leo gritó: «Entra, la puerta está abierta». De fondo sonaba un tema en inglés y él cantaba: «I standing next to me». Se escuchaba una cocina artística, con su movimiento de cacerolas y cuchillos cortando la pulpa de alguna fruta o picando alguna ramilla de perejil. Los restos de su familia estaban por todos lados, en silencio, formando parte de la decoración: colgados en el recibidor, atrapados en

la vitrina del mueble del salón o acostados en uno de los butacones. Por el aspecto de la casa, daba la impresión de que su familia había huido con lo puesto. Pero... ¿huido?, ¿de qué?, ¿de quién?, pensó Kora. Un calcetín huérfano, una gorra de promoción pisoteada por la manga de una rebecca de punto, una muñeca recostada sobre una silleta de bebé, un libro humillado... Kora observaba los restos abandonados y pensaba que tal vez esos objetos significaban para Leo un momento, un gesto, una canción. Y tal vez estuviesen ahí para ser venerados.

La casa, una planta baja situada en una urbanización de plantas bajas, desde fuera no aparentaba la soledad de su interior.

Cuando llegó a la cocina, Kora encontró cierto alivio al ver a alguien vivo dentro de la casa. ¿O estaba también muerto? El contraste chocó con ella. Durante unos segundos dudó, tuvo miedo de estar entrando en un lugar del que ya no saldría; un lugar hechizado, fantasmagórico. Al mirar a Leo, vio un muñeco interactivo, uno de esos muñecos que está programado para decir más de doce frases seguidas cuando tiras de la anilla. A su alrededor, más restos de su familia: un par de chupetes y un calentador de biberones de centro de mesa. Leo no paraba de hablar: «Este es mi lugar favorito de la casa, me gusta cocinar, mi padre fue cocinero, debí heredar sus recetas en la sangre, estoy genéticamente nervioso. Pero qué cosas digo». Hablaba mientras removía la salsa. «¿Tienes hambre? Estoy haciendo una salsa bordelesa hecha con tanta verdad que parece un retrato». Leo hablaba de lo que hacía mientras lo hacía. Hablaba de lo que hacía mientras lo mostraba. Parecía uno de esos cocineros de televisión o un vendedor haciendo demostraciones de un robot de cocina. «No te asustes, Kora. La casa está llena de cosas, cuando mi exmujer se fue, dejó todo lo que no quería y también me dejó a mí, y ahora no sé cómo ordenarlo. ¿Cómo se ordena lo que no es tuyo?».

Leo dio un pequeño salto, miró a Kora, giró la cabeza a ambos lados, sonó la campanilla y Kora probó la salsa bordelesa.



Kora escuchaba las historias de Leo y se mudaba de casa. A Kora se le amontonaban las cajas y Leo seguía atrapado entre ropa abandonada y trastos sin vida. Rodeado de un pasado que huyó y fingiendo que todo estaba bien, se supone que porque así fue como vivió con ese pasado, fingiendo una vida feliz. Hasta que una noche, con la excusa de que llovía una lluvia estrepitosa, Leo se quedó. Al día siguiente no puso excusas, se hizo con la casa. Decidió su lado de la cama, colocó sus libros, el despertador, las zapatillas, preparó la cena, fregó los cacharros, los guardó a su gusto y, cuando tuvo todo el espacio marcado, dio las buenas noches, se lavó los dientes, se puso el pijama, se metió en la cama y comenzó a leer. Durante seis años la casa de Kora fue el refugio de Leo. El lavadero de Leo. El vicio de Leo. La tentación de Leo. La pereza de Leo. La terapia de Leo. El lugar donde relajar las tensiones corporales de Leo. Eran trozos de su cuerpo tan maltratados que, sin él saberlo, habían huido a un lugar del que nunca regresarían. Kora lo sabía, sabía que eran cartílagos, ligamentos, como sus dientes, sin vida, y que ya no se podía hacer nada con ellos.

Leo era para su familia un producto dinámico, una especie de artículo que aumentaba o disminuía su valor en función de la demanda. Cuando algo iba mal, su teléfono no paraba de sonar, sus días se desordenaban y era como presenciar el éxodo de los ñus. Cuando todo iba bien, el silencio conspiraba contra él, lo arrastraba por inercia a los brazos de Kora y esperaba que ella estuviera siempre ahí, como un sofá. Cuando su exmujer lo llamaba, se alejaba y hablaba con ella dando vuel-

tas en círculo, sin salirse de una línea imaginaria que él mismo creaba. Mientras hablaba con su exmujer, Leo desprendía humo, como una locomotora; después regresaba como si ese episodio no hubiera ocurrido, como si esa llamada no hubiera existido. Kora no preguntaba, porque no se puede preguntar sobre algo que no ha sucedido.

Mentira.

No preguntaba porque cada vez estaba más fuera, pero no quería darse cuenta. Y esa será una de las peores decisiones que tomará en su vida. La de no querer darse cuenta. Porque esos episodios no habían hecho más que empezar.



Era una vida pequeña la que Leo llevaba; sin ventilación, sofocante y llena de odio y llamadas con reproches. Los viajes de fin de semana para ver a sus hijos. Setecientos kilómetros de ida, los viernes. Setecientos kilómetros de vuelta, los domingos. Dos maletas, una para la ropa y las medicinas de sus hijos, y otra vacía, o llena de nada, que no es lo mismo. Las urgencias, las recetas, los ingresos en el hospital, las cosas que les sucedían a sus hijos, las cosas que le sucedían a su exmujer, el pasado que no era pasado. Reproches y más reproches. El trabajo, la manutención y la enfermedad sin nombre, sin estadísticas. La parálisis, una hija en silla de ruedas, un hijo que solo abre la boca para decir que Kora es la culpable de todo. Lo dice con la boca torcida. Que la culpa de que sus padres estén divorciados es de *esa*. Las amenazas de una exmujer infeliz, el descubrimiento de la enfermedad: la tiamina que no llega a la sangre y la niña que comienza a andar. Las secuelas: coja. Un drama. El desgaste, el odio visceral. Las cosas que están sucediendo, las cosas que van a suceder. El popurrí de la vida. El peso de la enfermedad. Que acabe todo ya. Pero no acaba. ¡Cómo iba a acabar si acababa de empezar! El gálibo de la desgracia que no impone límites y la vida sencilla de Kora y

de sus hijos pasa desapercibida, no es interesante, no requiere atenciones. ¡Qué egoísmo el solo hecho de pensarlo! «Tú eres una privilegiada, la vida te sonríe, pequeña. Y yo te necesito». Con un glosario de frases hechas, Leo hacía y deshacía a su antojo. Con frases penitentes adiestraba a una Kora siempre dispuesta con el fin de ayudar a esos pobres niños. «Mírame, canija, mis niños viven con una loca y están enfermos». Ponía énfasis en sus expresiones. Se llenaba de luz mientras le otorgaba a Kora todo el mérito. «Sin ti esto no sería posible. Yo solo no podría». A diario Leo construía frases nuevas y Kora las interiorizaba. Leo apuntaba maneras de arquitecto y Kora se afanaba en su nuevo puesto de capataza de responsabilidades. Cada uno ponía empeño en lo suyo. Pronto, la casa se convirtió en un calendario de días ocupados, y dentro de cada cuadrado del calendario, las tareas grandes dejaban a las pequeñas abandonadas a la suerte: los viajes, las maletas, los hijos de Kora con su padre, Leo y Kora con las hijas de este. Setecientos kilómetros de ida, los viernes. Setecientos kilómetros de vuelta, los domingos. Un circuito de idas y venidas, de intercambios y carburante fue apartando a Kora de su antigua vida: de sus padres, de sus hijos, de sus amigas, de las lecturas...

A menudo Kora miraba a su alrededor y se preguntaba por qué no era feliz, por qué sentía que más que disfrutar se resignaba. Tenía un trabajo, una casa, había superado el divorcio con Frankie y sus hijos ya estaban acostumbrados a vivir en dos casas. Tenía a Leo, una relación a demanda constante, «una buena obra», le decía la gente. Pero Kora lloraba en el baño, el único lugar donde corren lágrimas entre vapor de agua. Los azulejos lloran. Se humedece la membrana mucosa y lubrica. Lubrica el ojo y la mucosa. Secarse la cara se hace duro y se convierte en un buen motivo para olvidar la pena. Pero la pena de Kora ya estaba dentro, solidificada entre los huesos, apretando sus dientes y tirando de los tendones de su cuello. Cuando el vapor de agua se escapaba por la ren-

dija de la puerta, Kora veía un tendón, tal vez un ligamento, quién sabe, huyendo a un lugar del que nunca más regresaría. Entonces ella seguía llorando. Resguardándose de ella misma.

Durante un tiempo, Kora pensó que cuando estaba muy triste algo malo sucedía en el mundo. Lloraba durante días y buscaba en las noticias el hecho que justificase su pena. Buscaba y buscaba y siempre encontraba una tragedia. Enfocaba su pena en el sufrimiento de otros y eso la consolaba. Era una justificación creíble. Otros sufrían y a ella le llegaba el sufrimiento del mundo. ¿Por qué no? Podría haber sido así, que ella absorbiera por afinidad emocional todo ese sufrimiento. Pero no lo era. Que el mundo caminara triste no era algo nuevo, pero sí la pena que ella llevaba dentro y que la hacía caminar con los brazos colgando.



El día que Leo le propuso a Kora irse con él a vivir a México, la vida de ella se pausó. La frase sonó a misterio, a confesiones de cuartelillo. Kora se quedó quieta, callada bajo un silencio delicado. Intentando disimular la torpeza de una mirada deshecha. Intentando sostener una frase que se iba esparciendo por su cuerpo cubriéndola de oscuridad, escurriéndose lenta por la negrura de un cuerpo despedazado. Pobre Kora, pobre niña mayor, sosteniendo la soledad en sus manos como si fuera un secreto, sin saber qué hacer con ella. Hasta que Leo acarició su cara.

—Canija, vente conmigo. Por favor, te lo suplico, vente conmigo. Siempre juntos, ¿recuerdas?

Pero en ese momento, Kora no recordaba nada. No podía pensar. Solo amontonar miedo y súplicas de Leo. Entonces le habló del padre de sus hijos. De que también ellos iban a estar siempre juntos. De que una vez fueron «Frankie y Kora, siempre juntos» y ahora se encontraban en un lugar sin retorno; en una especie de habitación del pánico. Un día les dijeron: «Si

queréis mantener vuestra relación tenéis que crear un lugar seguro». Y lo protegieron del mundo, pero no de ellos mismos.

Kora le dijo que tal vez ella no estaba hecha para el amor. Y Leo, arrodillado, con voz divina y con las manos de comunión, volvió a insistirle:

—Vente conmigo. Nos casaremos antes y vendrás como mujer de expatriado.

—¿Y mi trabajo?

—Allí no podrás trabajar, pero estaremos juntos. Yo me iré antes y buscaré una casa. Me encargaré de todo. Será mucho dinero y poco tiempo. En dos años estaremos de vuelta. ¿Qué son dos años? —decía con ojos de máquina tragaperras—. Pasará rápido y volveremos ricos, pequeña, ricos. —Su voz escupiendo monedas y su lengua acumulándolas. Eso es lo que iba a hacer los próximos años: acumular monedas—. Los dos solos. Dejaré de viajar tanto, piénsalo. Allí estaremos tú y yo solos.

Entonces Kora pensó en sus hijos, pero México no es un país para niños. Pensó en su trabajo, ¿quién iba a mantener a sus hijos si ella no trabajaba?, ¿Leo? ¿Quién los iba a cuidar?, ¿sus padres? Eran jóvenes y estaban muy acostumbrados a estar con ellos, pero no estaba segura de que quisieran asumir esa responsabilidad. ¿Cómo decirles a tus hijos que te vas? ¿Cómo los dejas, así, sin estar aún listos para vivir? Pensó en la posibilidad de esperar a Leo y no acompañarlo. Pensó en una frase de Simone de Beauvoir que había leído días antes: «El teléfono no acerca, confirma las distancias». ¡Qué casualidad! «México... ¿a cuánto queda de España?». Quería un mapa —en realidad quería salir corriendo—, quería un mapa y un refugio donde llorar. Quería pedirle cita al pasado; regresar a su infancia, sentarse en las piernas de su abuelo, ver juntos *Cine de barrio* y cantar:

*Margarita se llama mi amor,
Margarita Rodríguez Garcés*

Quería ser Margarita y tener un final feliz. Quería ser una chica, *chica, chica pum*. Solo quería eso. Ser una *chica pum*. «¿Qué hora será en este momento en México?», «¿dormirán o será de día?». Abrió la boca con la intención de negarse, de decirle a Leo que no lo iba a acompañar. Abrió la boca mientras preparaba la frase: «No puedo acompañarte». Abrió la boca mientras contaba hasta tres y se decía a sí misma: «Quiero ser una *chica pum*» y el *pum* le llenó los ojos de lágrimas. Y mientras las lágrimas llegaban a sus ojos, se coló el silencio. Ese maldito silencio tan lengüeta como siempre. Entonces Leo se preparó con urgencia para dar el primer golpe. Se le puso la cara de revancha. Los ojos abiertos como dianas, inmóviles, fijos en los ojos de Kora, su boca encogida, arrugada como una patata en mal estado. Y en ese momento Kora dijo «no» y Leo dijo «no». El inicio de ambas frases chocó. Fue como jugar a piedra papel o tijera. Pero el «no» de Kora sonó a rumor y el «no» de Leo restalló en la habitación. La piedra ganó y Leo continuó la frase: «No creo en las relaciones a distancia». Leo sentenció y Kora no dijo nada. Se quedó callada mirándolo, reteniendo las lágrimas y escuchando los añicos de la frase retumbando por toda la habitación. Ya no quiero ser una *chica pum*, se dijo a sí misma y cerró la boca.

En realidad, la cerró para siempre.



Tras dos horas en coche, una despedida amarga y catorce horas de vuelo, lágrimas y turbulencias, a Kora, desde el cielo, Ciudad de México y sus luces le parecieron manchurroneos.

Leo llevaba un mes y se había ocupado de todo: de encontrar casa (una galería convertida en vivienda, de grandes cristalerías sin cortinas y terraza enmoquetada, pegada a las oficinas de Leo), de comprar una lavadora con carga superior y un teléfono móvil, de reservar cena para dos en un portugués con farolillos chinos, y de organizar una fiesta con cuatro

expatriados que, como él, dedicaban los domingos a dar vueltas sobre sus pasos por el barrio.

Ciudad de México olía a maíz. Era estruendosa. Sonaba a cóctel de rancheras, cumbias, boleros y corridos de Sinaloa. Alejandro Fernández, Juan Gabriel, Los Caligaris, Los Fabulosos Cadillac se afanaban por llamar la atención en coches, comercios, parques o en casas construidas entre dos modos de vivir. Ciudad de México era color y cemento, rascacielos y ofrendas callejeras. Un revoltijo de coches, peatones, *peseras*, taxis y puestos ambulantes. Los puestos de frutas, jugos, tacos, quesadillas, flautas, gorditas, tamales, mazorcas, flores y panes dulces brotaban a todas horas de cualquier esquina, cruce, salida del metro; brotaban y echaban raíces de día y de noche. El mismo mantel desgastado, los botes de salsas manoseados. En Ciudad de México la felicidad flotaba en esos puestos, se transmitía por contagio de una grasa a otra, de taco a taco. Se chupaba, la felicidad se chupaba. Sentada en una de esas butacas alrededor del puesto, echando un chorrito de lima y un poco de salsa de pico de gallo sobre su taco de cochinita, Kora pensará que en la vida para ser feliz solo hace falta un pasadizo que termine en un puesto de tacos. Pero antes de ese momento, Kora vivirá en Polanco, porque ahí comenzará todo: en la colonia Polanco. Y pensará que Ciudad de México no es más que una gran pista de coches de choque. Una ciudad donde el aire no llega porque los tacos la contaminan. Una ciudad llena de nomás: «Güerita, nomás tiene que desviarse por la segunda cuadra. Nomás». Y llena de prohibiciones y normas de supervivencia: no ir ostentosa ni provocativa, evitar las miradas de los policías, las calles solitarias y los lugares muy concurridos; no parar un taxi por la calle, ni beber agua del grifo que da cagalera; no subirte a las *peseras*, ni entrar en el metro sola; no llegar más allá del bosque Chapultepec.

Y adentrándose con sus prohibiciones en la calle de Allan Poe, Kora llegará a la conclusión de que Polanco es la colonia